

LOS LIBROS

Don Judas Romero, novela de MIGUEL ANGEL PADILLA.
Nascimento, 1963

Hace unos años los fuegos de la censura apuntaron al criollismo y se pretendió asolarlo. Era feo y vulgar escribir acerca de nuestra tierra y nuestros hombres; sólo uno o dos escritores vernáculos conocían el campo, tenían gracia y señorío. Ellos podían ser Federico Gana y Joaquín Díaz Garcés; pero acaso se olvidaba que cuando Federico Gana, el inmortal autor de *La señora*, el buen viejo que nunca tuvo el empaque de un literato profesional, leyó uno de sus primeros relatos campesinos en el Ateneo de Santiago, fue silbado. Era una grosería hablar de nuestros campos y sus rústicos pobladores, los huasos y las chinas del agro.

Nosotros hemos visto siempre en el criollismo una expresión genuina, directa, algo que no puede limitarse sólo a los campesinos y sus conflictos, vistos desde adentro y desde los corredores del fundo, bien apernados en la silla patronal o dando saltos sobre ella como un grotesco afuerino a quien desconocen hasta los perros. Estimamos también criollismo la expresión clara y firme, representativa de la ciudad, que se entromete con hondura en la idiosincrasia de su gente. El criollismo así entendido es un arte americano muy propio, que puede sellar la más grande producción literaria de nuestro continente tanto en la prosa, como en la poesía. Este criollismo, obra de criollos venidos de españoles y otros pueblos de Europa, con fuertes arraigos indígenas o sin ellos, no se opone a la busca de lo universal que todo escritor lleva dentro de sí y que implica una mayor exigencia, el compromiso de expresar un hombre que, perteneciendo a un país determinado, simbolice a los seres humanos de otras tierras, con paisajes semejantes o muy distintos. Pero afortunadamente la literatura, como el lenguaje, es algo vivo y no la imponen ni la sistemática ni otros alardes dialécticos. De ahí que la literatura criollista prolifera cada día con más reciedumbre en Chile y que si de improviso sentimos muy distantes a Mariano Latorre, Eduardo Barrios, Luis

Durand, nos salen al paso Julio Silva, Carlos Rozas Larraín, Leoncio Guerrero, Maité Allamand, etc.

Ahora estamos frente a un recio escritor de aquellos que no aparecen todos los días, ni todos los años, alguien cuyo nombre y apellidos pueden asociarse a otras actividades nacionales y no a la literatura, como algo sinónimo. Se trata de Miguel Angel Padilla y de su novela del más legítimo sabor campesino, con la visión del campo y con la voz entrañable, amical, agresiva, ladina y despreocupada de su gente, *Don Judas Romero*.

En esta novela, recién aparecida, con sello Nascimento, no se trasluce el encogimiento lloroso del hombre frente a su tierra, como si el intérprete literario delatara su incapacidad de adaptación a un medio que soporta, pero que no ama, situación más frecuente de lo que se cree hasta en los escritores del mar. La prosa de Miguel Angel Padilla, poética hasta la transparencia en la descripción, viva y chispeante en los diálogos, nos comunica, en primer término, una gran sensación de amor y sabiduría, de gracia humana, en una zona en que se opaca o carece de vigencia cualquiera beligerancia o rivalidad.

El "gran señor y rajadiablos", el Diego Ugarte, el Anselmo Mendoza, de otros autores nacionales, se llama aquí Don Judas Romero y es un hombre feo, de rostro curtido, pero que atrae con su fuerza sabia y arremansada.

Esa raíz medieval que posee el campo en que los campesinos vienen a ser como hijos buenos o malos de un señor o una patrona; la dependencia de una tierra que con su prodigalidad o su miseria determinará el curso de la vida, se aprecian nítidos en esta novela de escritor primerizo, pero fuerte y maduro que no tuvo prisa para empantanarse desde muchacho en la pura faena literaria.

Los hombres que presenta Miguel Angel Padilla en su *Don Judas Romero* viven una sana soledad masculina, mirando a las mujeres sin perder de vista lo que son, mitad seres adultos bien aplomados, mitad niños; la naturaleza que rodea a estos hombres es bella y límpida, los alimentos frescos y apetitosos, las distracciones fuertes y finamente elaboradas, pensamos, al decir esto, en las descripciones que hace Padilla de las riñas de gallos y sus preparativos.

No puede exigirse más, para hacer grata la vida de los personajes y de los lectores, de esta novela *Don Judas Romero*, cuyo autor, Miguel Angel Padilla, pertenece a la mejor familia de autores criollos y criollistas superándolos a ratos con su diligencia y sensibilidad.

Largo amar, poesía de VÍCTOR FRANZANI.

Colección Extremo Sur, 1962.

La noticia del último Premio Municipal de Poesía a Víctor Franzani, por su libro *Largo amar* —un tomo de sonetos—, produjo gran dicha entre sus amigos, algo que no es poco y que vale la pena señalar, si estamos de acuerdo en que la emoción amistosa vale en vida de los escritores poetas más que la actitud admirativa a la perfección estética o conceptual.

Víctor Franzani, aparte de su simpatía contagiosa, es un buen poeta, conocedor del idioma, en su calidad de pedagogo en castellano, y de las